

amáis como nosotros á vos. Tendría muchas cosas que contaros que os entristecerán, pero al mismo tempo, os daré un gran placer: Vuestra hija Miriam vive, está en Londres, y os busca. Id mañana al baile del hotel Lucifer, y la podréis estrechar contra vuestro corazón... Mi prima Mary estará allí. Yo os la entregaré para que la amparéis.

« Hasta mañana, pues, á media noche.

« Vuestro sobrino afectísimo.

DICK CRANKLE.

— De prisa, capitán, ordenó Uckrill, esta carta á casa de sir Franck.

— ¡Piel de Aguilá! exclamó Dady cogiendo la carta y marchándose, el amo Andrew tiene rayos en los ojos; no creo que se pase el baile del hotel Lucifer sin alguna historia interesante.

— Y, ahora, joven, dijo Uckrill cuando el capitán hubo salido, hace poco os decía que un duelo con Blancanard era inútil: pero no es malo que un muchacho de vuestra edad sepa tener una espada. Si queréis, concluiré la práctica que ha empezado este buen viejo, y aun os daré una lección de combate: no se sabe lo que pueda pasar.

Dick volvió á coger su espada.

Una hora después, el prometido de miss Mary conocía á fondo y practicaba á maravilla la estocada de que Day-Lily se había servido para matar al mayor Rowland, así como una parada y una respuesta, invenciones del policía sentimental.

## IV

## EL BAILE

El baile del Hotel Lucifer, para el cual Uckrill había dado cita á sir Franck, era la primera entre el trío de solemnidades de la estación, siendo las otras, la inauguración del « Crystal-Palace » y la steeple-chase. Anunciado el baile con mucha anticipación, debería congregarse en los salones y jardines del hotel mecánico lo más selecto de la Sociedad Londinense; pero para no descartar de la fiesta los concurrentes extranjeros á la exposición, se había estipulado en las tarjetas que los trajes nacionales serían admitidos lo mismo que el frac y los vestidos escotados. Desde las diez de la noche Pall Mall presentaba una animación extraordinaria.

Describir el adorno del salón, la iluminación de los jardines y el arreglo del vestíbulo gigantesco sería prolijo para nuestros lectores, y así nos limitaremos á asegurarles que todo estaba profusamente iluminado, adornado exquisitamente, y la afluencia de invitados era pasmosa.

En el centro del salón de recepciones, entre flores y plantas raras, se levantaba el estrado de la orquesta compuesta de ciento cincuenta músicos.

Entre ellos estaban Jonathan Girle y Roberto Vaughant, siempre disfrazados como de costumbre. Por otra parte, no estaban solos, el viejo Dady tocaba los timbales, con una seriedad desesperante.

Aparte de la música, el personal del hotel no se había aumentado. En la entrada del vestíbulo había cuatro torniquetes automáticos que sólo dejaban pasar contra pago de la entrada. Entre ellos había un pasadizo, donde cuidaba Will, para las personas provistas de invitaciones.

Más adelante, el vestuario funcionaba con la misma simplicidad. En la cantina, el servicio se efectuaba según tarifa fija.

Hacia las once y media de la noche, el baile estaba en todo su apogeo. Apenas podía moverse la turba abigarrada y compacta. Se bailaba en el gran salón; en el de la derecha se jugaba fuerte rodeando todos al viejo marqués de Hackney que tenía la banca arriesgando el todo por el todo.

En los salones de la izquierda uno estaba desocupado.

Había una tropa loca en el jardín, del que un bosquecillo se había convertido en buffet — al cual miss Bridgeth hacía grandes honores.

La orquesta acababa de tocar unas cuadrillas, y empezaba un valse, en el momento en que encontramos el Sr. de Blancanard, invitado por derecho de vivir en el Hotel.

El Sr. Blancanard buscaba con los ojos al alderman, porque suponía que su futuro tío no le rehusaría el favor de oprimir contra su corazón en un valse lánguido, á la que ya osaba considerar como su prometida.

De repente, se encontró en medio del círculo formado por siete señoritas disfrazadas. Eran las siete huérfanas del mayor Elphinstone, quienes aconsejadas por el amor se habían vestido de polonesas.

No quisiéramos hacer pasar al Sr. Blancanard por un sacripante sin fe ni ley, pero un matrimonio no se puede hacer al vapor, aun apoyado por la casa Johnson hermanos y C<sup>ia</sup>. Así pues, se podía excusar al caballero hasta cierto punto, por su resolución de violentar las cosas con el rubio septimino.

— De este modo, pensaba él, podré esperar agradablemente el día del matrimonio. A madeja de lino por semana hacer mes y medio; y después, nadie me impedirá hacer á miss Zephyr una gran dama de Blancanard.

Como se ve, el caballero hacía poco caso de la virtud de las siete huérfanas, y se vaticinaba siete victorias de una facilidad y rapidez vertiginosas.

Pasando de la teoría á la práctica, el caballero cogió por el talle una de las polonesas que le rodeaban y se lanzó al turbión calenturiento del valse, mientras que las otras seis se resignaban á esperar su turno.

La impetuosidad de este arranque fué tal, que la pareja separó, sin que de Blancanard los conociese, precisamente á las dos personas que buscaba antes de ser abordado por las siete suspirantes; es decir: al alderman y á su sobrina miss Mary.

No le hagamos reproche alguno, porque separándose así, había hecho inconscientemente un servicio á la joven...

En efecto, miss Mary Zephyr estaba en el baile sin su tío. Y estaba sola, porque un poco después de la partida de él, que no la había ofrecido llevarla, oyó en los cristales de su ventana el ruido de unas arenillas arrojadas desde la « lane » en que hemos visto soñar melancólicamente al bueno de Uckrill. Este ruido era una señal convenida con Dick, y abriendo su ventana, una bala envuelta en un billete cayó á sus pies... El billete era de Dick.

Le suplicaba vestirse para el baile, y descender á la calle donde Jehan Marasquín, su salvador de la antevíspera, la esperaba para llevarla al Hotel-Lucifer. Le aconsejaba proveerse de una mantilla para ocultar la cara.

Miss Mary había obedecido, y ahí estaba, mezclada á la turba, pero sola sólo en apariencia, porque Marasquín la seguía á pocos pasos sin perderla de vista.

— Marchemos como que no vamos juntos, le había dicho el buen Parisiense, y yo os conduciré al lugar donde están el Sr. Dick y vuestro tío sir Franck. Pero primero tenemos que hallar á mi prima Dupoteau y á la Srita Miráida... yo sé en dónde.

Comprendiendo que un acontecimiento decisivo se iba á producir, la joven se dejaba llevar, llena á la vez de temor y de esperanza.

— ¡Dios mío! se decía con tal que tío Adrián no encuentre á Dick en el baile antes de la llegada de tío Franck. ¡ Sería una escena terrible...!

Además, tenía otros motivos de temor, y la emoción de la antevíspera no se había calmado todavía.

Varias veces se había sentido seguida y observada por los ojos negros, lucientes como carbones encendidos, de un individuo flaco y bronceado. Tres ó cuatro veces lo había encontrado á su paso, y estas repeticiones ¿ se debían al acaso únicamente? En vano razonaba y se afirmaba que eran efectos de su inquieta y excitada imaginación... Era una especie de instinto el que le hacía insoportable este desconocido; algo como la repulsión que nos produce un animal venenoso.

En un cierto instante, como se encontrase de nuevo cerca de ella, le vió temblar, agitarse, y dirigir su mirada cargada de odio hacia la puerta de entrada. Siguió la dirección de la mirada, y percibió el rostro pálido y varonil de sir Franck. En lugar de tranquilizarse su angustia redobló, tanto odio y amenaza destilaban los ojos del desconocido. Ese hombre, acababa de comprenderlo, no podía ser otro que Sauton el Baniario; y ella sabía por Miriam lo que había que temer de él.

Iba á lanzarse hacia su tío, para buscar cerca de él un refugio, y también para advertirle de tenerse en guardia, para decirle el peligro que corría, para mostrarle su enemigo; pero en ese momento Marasquín la cogió por la mano y la llevó hacia el jardín.

— Venid, le dijo por acá encontraremos á la Sra Dupoteau y á Miriam, y cerca de ellas se nos juntará el Sr. Dick.

## V

## DURANTE LA FIESTA

Sir Franck Zephyr no estaba solo. Llevaba del brazo una mujer resplandeciente, y la llegada de esta pareja produjo una verdadera sensación. Hombres y mujeres se oprimían, los primeros para admirar la belleza de Georgina, las segundas para ver á ese sir Franck, cuyo nombre había ocupado tantas crónicas.

Sin embargo, ambos pasaban sin prestar atención á los murmullos de admiración.

Ni siquiera hablaban entre ellos...

Aunque feliz y orgullosa de apoyarse en el brazo del hombre que amaba, la marquesa estaba melancólica. Sus ojos se perdían en un ensueño vago, pero triste.

En cuanto al antiguo residente, pálido, y evidentemente preocupado, escudriñaba la sala con mirada calenturienta. Georgina sentía temblar el brazo en que se apoyaba.

Era natural la tristeza que tenía : sir Franck no le

había ocultado lo que iba á buscar al baile, y si le había acompañado era porque presentía que la hora de la separación estaba próxima, que otros deberes llamaban al hombre que tan generosamente se había convertido en su amigo, y porque quería estar cerca de él hasta el fin, gozando de la hora última que le podía conceder. Bien se daba cuenta que el corazón de sir Franck no estaba con ella ; que otras ternuras lo solicitaban. Su bello sueño tocaba al fin. Por un momento había creído ser amada... Sin embargo, no se quejaba... Comprendía que él iba á ser feliz, que una gran alegría le esperaba ; y por más que ella no entrase para nada en su dicha, se encerraba en su mudo dolor y consideraba bien todo, pues que él iba hacia la felicidad.

Sir Franck, por su parte, estaba bajo el golpe de una angustia profunda.

Sus pretendidas alucinaciones no habían hecho sino abrir dolorosamente todas sus viejas heridas, renacer en estado agudo todas sus tristezas y todas sus ternuras ya sin objeto. A veces le parecía que el pasado no era sino una mentira, la desaparición de Nowla y Miriam un error, y que al despertar iba á encontrarlas y á poder juntarlas en un mismo beso. Pero cuando se daba cuenta que estaba despierto, que estaba solo, bien solo, no en su palacio de Katmandon, sino en una villa de Londres, su desilusión era tal que el dolor de haber perdido estos dos seres tan queridos se renovaba cada vez como si los volviese á perder en el mismo instante.

En este singular estado de espíritu, recibió la carta

de su sobrino Dick, y su turbación no hizo sino aumentar.

¿Qué quería decir esta carta misteriosa? ¿De qué enemigos desconocidos hablaba Dick? ¿Por qué su hermano el aldermán le había engañado afirmándole que Dick no estaba en Londres? ¿Por qué su sobrina Mary tenía tanta necesidad de su protección? Sobre todo, ¿quién había hablado á Dick de su pasado? ¿Cómo sabía este joven la historia del nacimiento de Miriam, y cómo podía él anunciarle que encontraría á su hija? ¡Viva, Miriam, viva! Pero ¿cómo era posible?

Todo esto parecía inexplicable.

De repente, una mano se posó sobre su espalda. Se estremeció como al contacto de un hierro candente, y volviéndose rápidamente se encontró cara á cara con Andrew, Ellick, Isaiah, Otto Uckrill, N° 3.

Uckrill tenía el índice en la boca como recomendando silencio.

— ¿Milord busca á alguien? preguntó en voz baja. Si milord quiere seguirme, yo lo llevaré con la persona que quiere ver.

Franck palideció, como poseído por súbito presentimiento.

— ¿Quién os envía á mí? preguntó.

— El sobrino de milord, el joven sir Dick Crankle.

— Ya os sigo.

De motu propio, Georgina abandonó el brazo de su caballero, y con voz dulce y fresca, un poco temblorosa, le dijo:

— Id, sir Franck. Yo os esperaré en la terraza.

En cualquiera otra circunstancia sir Franck se hubiera obligado á llevarla hasta el lugar que hubiera escogido para esperarle; desgraciadamente para ella, él se sentía volver loco.

Siguió á Uckrill y dejó á la pobre marquesa, que devoraba sus lágrimas, irse sola á la terraza.

Ardía de impaciencia por interrogar á su misterioso guía. Pero Uckrill, por segunda vez, se puso el dedo en los labios y se puso en marcha rápidamente, hendiendo la turba, hacia el salón que hemos visto desocupado.

A la puerta del salón estaba la Sra. Dupoteau, más y más gozosa de tomar parte en esta aventura, y quien, después de hacer entrar en el salón á Mary y á Miriam, había cerrado la puerta con llave, guardándose ésta en la bolsa sin pedir permiso á nadie.

Una señal de Uckrill le bastó para reconocer á sir Franck y se apresuró á abrir la puerta inclinándose respetuosamente ante el antiguo residente, delante del hombre de quien había oído hablar como un nabab, casi un rey, deseosa de servirle dentro de sus posibilidades.

— ¿Quién sabe? había dicho á Dupoteau el día que había recogido á Miriam. Piensa, Celeste, la hija de un nabab, casi un Creso... Acaso es la fortuna que nos llega, y créeme, esto que hacemos es mejor negocio que tus franelas por más acasulladas y luciferadas que sean.

Apresurémonos á decir que no había sido la idea del lucro, sino su buen corazón lo que había hecho obrar así á la buena mujer.

— Vamos, todo va bien, se dijo Uckrill en cuanto vió á sir Franck Zephyr entrar en el salón en que lo esperaban su hija y su sobrina. Sir Franck estará prevenido ahora, y se tendrá en guardia, encargándose él mismo de arreglar sus cuentas al alderman.

« Pero esto no es todo; tengo que velar sobre los cómplices de Adrián y reducirlos á la impotencia. La fuga de Miriam los habrá puesto sobre aviso, y más que Roberto y Jonathan la vieron en compañía de miss Mary. Deben imaginar que pueden encontrar clavos en las calles, y acaso nos preparen una traidora sorpresa. He puesto esta tarde al viejo Dady sobre la pista de Day-Lily, y al gentleman Pip sobre Roberto y Jonathan. Ya es hora de ir á recoger informes.

Antes de alejarse hizo una última recomendación á la Sra. Dupoteau.

— Sobre todo, le dijo, velad para que nadie entre en este salón... Voy á enviaros á Marasquín, y si es preciso os ayudará.

— Estad tranquilo, respondió la buena mujer; para entrar ahí, será preciso que pasen sobre mi cadáver.

Y extendió la mano como para hacer un juramento.

Uckrill sabía que las jóvenes estaban ya bajo la protección de sir Franck. Su recomendación tenía por objeto conceder algunos instantes de tranquilidad necesaria para un padre que encuentra á una hija llorada por tanto tiempo. Por otra parte, pensaba volver casi inmediatamente con sus hombres para asegurar la retirada de sir Franck, de Miriam y de Mary.

No se hubiera retirado de ese modo si hubiese sos-

pechado que emboscado á algunos pasos de ahí, tras una cortina, estaba un hombre — que no era otro que Sauton — que había asistido á la llegada de la joven India primero, á la del antiguo residente después, y ahora espiaba con mirada ardiente sus movimientos.

Cuando el policía, dirigiéndose al lugar de la sala donde debía encontrar á Pip, se perdió entre la muchedumbre, una alegría infernal brilló en los ojos del Baniano.

Saliendo á su vez de su escondite, hendiendo los grupos de bailadores y paseantes, se dirigió hacia el lado de la orquesta. Llegó en el momento en que Uckrill, juntándose con Pip, cambiaba algunas palabras con él en voz baja. Escurriéndose como culebra á lo largo del estrado, por un lado donde no podía ser visto ni por Uckrill ni por su subordinado, Sauton hizo una seña á dos de los músicos que no eran otros que Jonathan Girle y Roberto Vaughant. Un movimiento de ojo de Jonathan hizo saber al Baniano que ya le había entendido; y de nuevo se hundió en la muchedumbre.

En ese momento, la llegada al baile de un nuevo personaje, producía una sensación igual á la producida por la llegada de sir Franck y la marquesa.

Se oprimían, se empujaban para ver la llegada de sir Japhet Holover de Over Peover, propietario del famoso caballo Lucifer cuya victoria en las correrías de Newmarket, al día siguiente por la mañana, parecía un hecho tan seguro, que el gentilhombre había comprometido en apuestas toda su fortuna.

En la turba, durante un momento, no se habló sino de carreras, de pronósticos y de informes.

— ¡Un informe! exclamó el Sr. de Blancanard, (escortado siempre por las siete misses, á las que hacía bailar en turno) al encontrar á su compatriota Dupoteau. ¿Queréis un informe confidencial? ¡Apostad por Lucifer!

— ¡Yo! clamó el Sr. Dupoteau, que conservaba odio por el caballo de sir Japhet. Yo jamás juego. ¡Pero si apostase, lo haría contra esa bestia!

— Perderíais, querido, perderíais.

— Eso es lo que veremos, respondió el fabricante de franelas como respondiendo á una provocación.

Por casualidad se encontraban los dos discutiendo cerca de la puerta en que Cesarina, fiel á la consigna, hacía su ronda como cualquier centinela.

— ¡Ah! Dios mío! exclamó al oír la voz de su marido. He ahí á Celeste que habla de apostar en las carreras. El desdichado es capaz de arruinarnos! Señor Dupoteau, queréis venir aquí!

Y se lanzó hacia su costilla; cogiéndolo del faldón de su frac volvió tirando del pobre hombre y se instaló de nuevo en su puesto.

Pero este minuto de distracción había bastado para que un hombre se deslizase, sin que ella se diese cuenta, entre la puerta y la espesa cortina que la cubría.

¡Cuál hubiera sido el terror de la buena señora si hubiera podido sospechar que ahí, tras ella, separada tan sólo por una tela, estaba oculto el temeroso personaje cuyo solo nombre bastaba para hacerle correr por

todo el cuerpo estremecimientos de terror; en una palabra: el doctor Tom, el terrible y fantástico Tom.

Por otra parte, llevado por las señoritas Elphinstone, el caballero mansense había penetrado al salón contiguo al en que se encontraba sir Franck con su hija y miss Mary.

Ahí, sentados en semicírculo alrededor de su caballero, las siete huerfanitas del mayor Elphinstone se hallaban de nuevo bajo el encanto de su palabra; él daba una conferencia sobre Mans, los ríos de la Sarthe y sobre su casa.

Porque tenía una casa soberbia sobre las colinas de Mans, y acabo bien pronto tuviera otra sobre las riberas del Támesis, si, como lo esperaba, un acontecimiento grandemente deseado, lo fijaba en Londres por algún tiempo.

¿Qué acontecimiento?

Se había comprendido que Blancanard hacía alusión á su próximo matrimonio con miss Mary Zephyr. Pero el maquiavélico seductor muy mucho se cuidaba de explicarlo; y al hablar del acontecimiento daba una mirada incendiaria y giratoria, y cada una de las siete misses palpitantes veía en ello una alusión apasionada y discreta del héroe que se disputaban.

— En verdad, señoritas, yo he viajado mucho en el Departamento sin franquear la frontera si no es para venir á Londres. Pero todo tiene un límite y el más aventurado excursionista, como el marino más bravo llegan por fin de cuentas á arrojar el ancla en las tranquilas y puras aguas del matrimonio...

Las siete misses se inclinaron simultáneamente y bajaron pudorosas los ojos, para dar á comprender al caballero que habían entendido, y que cada una de ellas tenía un bello lago de aguas serenas, donde su ancla sería bienvenida.

En mis viajes, seguía el Sr. Blanquard, he visto muchas mujeres, pero ninguna me ha producido tal sensación de encanto como en este momento: Las de Anjou son demasiado gordas; las de Mayena decorativas tan sólo; las del Maine, salvajes; solo piensan en disputar; no hay como las Parisienses para reunir un cierto número de cualidades, pero tienen los pies demasiado pequeños.

Las huérfanas, con el mismo movimiento avanzaron el pie derecho, levantando un poco la extremidad de su vestido.

— ¡Encantador! siguió Blanquard. Ya desesperaba de poder encontrar mi sueño ideal, cuando este viaje á Londres...

Y subrayó la frase con una maniobra de evolución magnética.

— ¿Lo habéis descubierto por fin? exclamó Apolonia.

— ¡Bien aventurado viaje! dijo Arabela.

América, Austria, Africa y Arcadia tuvieron exclamaciones análogas.

Después, como golpe teatral, siete abanicos extendidos velaron el rostro de siete personas rubias.

— ¡Seré discreto! afirmó él. Guardo en lo profundo de mi corazón el nombre de la que compartirá mi vida.

Antes de revelarle á ella, á ella sola el poderoso sentimiento que en mí ha hecho nacer, quiero estar cierto de ser amado por mí, sin interés.

Los abanicos se replegaron y siete pares de ojos le contemplaron con ternura.

Y, él, levantando los ojos al techo, como tomándolo por testigo, exclamó:

— ¡Amor! Amor! Toda la felicidad de la tierra se encierra en esta divina palabra. Es la única razón de la vida. La fusión de dos seres jóvenes y bellos en uno solo. He ahí mi sueño.

Pero no concluiríamos si fuésemos á transcribir en detalle la serie de exclamaciones ditirámicas del Sr. Blanquard. Digamos, tan sólo, que cuando abandonó el salón para acompañarlas al buffet que mistress Bridgeth no había desamparado, su conferencia había dado el resultado apetecido. Todas, desde Apolonia hasta Arabela le habían dado cita, para la mañana siguiente en el gabinete vecino á su dormitorio, ocupado por la negligente Bridgeth.

Bien es cierto que había un embrollo algo embarazoso en esa cita dada por siete personas á la misma hora en un mismo sitio; pero ¡basta! el caballero Blanquard tenía tal confianza en sí mismo que eso no lo inquietaba. Se sentía con fuerzas para salir victorioso de situaciones más difíciles aún. ¿No se había hallado ya en otras, en Mans? Esto era un juego de niños para un zorro viejo como él.



## VI

## MARIO

La primera parte del programa acababa de terminar. Está probado que los bailarores, lo mismo en Londres que en cualquier otra parte, son infatigables; pero media hora de entreacto no puede ser indiferente á los músicos. La mayor parte de ellos abandonaron el estrado y se dirigieron al buffet.

En cuanto al capitán Dady O'Crab, que había manejado los tímboles con la maestría que hemos dicho, después de haber dejado los instrumentos, grave y metódicamente, según su costumbre en todas las cosas, se dirigió hacia el jardín, como persona que gustaría de respirar un poco. Ya una vez en el jardín, se encaminó tranquilamente hacia un bosquecillo donde Uckrill le esperaba en compañía de Pip y de Marasquín...

— ¿Bien, capitán? interrogó simplemente Uckrill.

— Bien, maestro Uckrill, respondió el catecúmeno

del Presidente Barlow de la sociedad contra blasfemias; mi opinión es, ¡piel de anguila! que esta noche habrá zafarrancho. Es probable, y al mismo tiempo cierto si debo creer á la conversación sostenida por Roberto y Jonathan que formaban también parte de la orquesta, y cerca de quienes he desempeñado, lo mejor que me ha sido posible, mis funciones de timbalero.

— Verdaderamente, capitán, dijo el gentleman Pip, sois más feliz que yo; pues no habiendo dejado ni un solo momento el puesto que el Sr. Andrew me designó, no he podido sorprender en ellos absolutamente ningún movimiento que pueda inquietarnos; así se lo he dicho al maestro Uckrill hace un instante.

Dady alzó desdeñosamente las espaldas y ni siquiera contestó directamente á su interlocutor :

— He ahí un joven que habla cuando no se le pregunta, dijo dirigiéndose á Uckrill, y para decir cosas inútiles... Pues que no sabe nada, no tiene más que callarse. Su interrupción me ha hecho perder el hilo de mis ideas, y yo tenía cosas interesantes que deciros, porque Roberto y Jonathan no desconfían de mí, y he podido escuchar su conversación... Una conversación edificante, ¡piel de Anguila!

— Vamos, papá, siguió el incorregible Pip, siempre burlón, recoged vuestros recuerdos y decidnos sin tantas perifrasis lo que habéis oído. Ya estoy sordo del ruido que habéis hecho con vuestros tímboles durante tres horas; ahora voy á estar mudo como un pescado...

Pero Uckrill lo interrumpió :

— ¡Silencio, Pip! no es el momento de reir... Y vos,

Dady, hablad, y hablad de prisa porque no tenemos momento que perder.

— Decía pues, siguió Dady, satisfecho de la observación hecha por Uckrill al joven, decía, pues, que Day-Lily, el alderman y el resto están furiosos por la huída de la India, pues los ha puesto en la imposibilidad de obrar sobre sir Franck como tenían la intención. Además, están muy inquietos desde el encuentro de Miriam y miss Zephir, y se hallan decididos á todo por impedir que lleguen al antiguo residente, porque no dudan que Miriam huyó para prevenirle de lo que se maquinaba contra él.

— En cuanto á impedir esto, dijo Uckrill, bien difícil será, pues las dos jóvenes se encuentran en este momento con sir Franck, y si han seguido mis recomendaciones fielmente, ya le habrán puesto en guardia.

— ¿Qué? exclamó Dady á su vez, eso es precisamente lo que hay que evitar que sepan, porque miss Sun-Ray no es persona que vaya por treinta caminos. Sabe que una vez sir Franck prevenido por Miriam no se podrá tentar nada por medio de subterfugios y está decidida á emplear sin dilación los grandes medios, dejando á Sauton obrar libremente. La vida de un hombre no pesa mucho en la mano de esta mujer, bien lo sabéis, maestro Andrew, y no daría un penny por la del residente si ella tuviese interés en su muerte.

Pero eso no es todo...

— ¿Más aún?, preguntó Uckrill que era todo orejas.

— Miss Sun-Ray no es de carácter para soportar que sus secretos estén en posesión de persona que pueda

divulgarlos. Hay que temer también por miss Mary Zephyr.

Uckrill se estremeció violentamente á estas palabras.

— ¿Créis, Dady, que sean bastante infames para atentar contra la vida de esta niña?

— Parece que es un asunto decidido, Vuestro Honor... Afortunadamente sir Dick ha venido á pedirme algunas lecciones experimentales de mi vieja espada, y felizmente, ahí estaremos para prestarle ayuda, ¡mil millones de cuernos de Infierno!

« Vamos, he ahí que pierdo un penny.

Ya llevaba la mano al bolsillo para sacar su libro de cuentas y hacer su asiento, cuando Uckrill lo detuvo por un brazo.

— Veamos, viejo Dady, dijo, más tarde pondréis vuestra cuenta corriente al día; y aun más, podéis jurar á vuestro antojo; yo os pagaré las multas; pero no perdamos tiempo. ¿Es todo lo que sabéis?

— ¡Que el Presidente Barlow reviente, y que el diablo ahogue á su mujer en una pila de agua bendita! murmuró tomando ventaja inmediata de esta oferta inesperada. No, no es todo. Afortunadamente no es todo, porque hay bueno y malo en lo que os falta por saber. ¿Puedo hablar delante de este gentleman?

El gentleman era Pip.

— ¡Hablad, hablad!, exclamó Uckrill.

— Pues bien, si podemos sustraer hasta mañana en la noche á sir Franck de sus maquinaciones, no habrá ya que temer, porque podremos coger á toda la banda.

— ¿Cómo así?

— Mañana tendrán lugar las carreras de New-Market. Mañana debe desarrollarse el golpe que Day-Lily prepara contra el caballo de sir Japhet. Y á propósito, Sr. Andrew, lo mismo que vos joven canalla de Pip, á quien quiero dar un buen consejo á pesar de vuestras bromas incesantes á un viejo respetable, lo mismo que á vos Marasquín, á quien bien aprecio por haberos aliado á nosotros en este negocio difícil, os aconsejo, si jugáis, apostar contra Lucifer, porque si Lucifer llega primero, quiero que le pongan á Belcebú alas de Serafín! Pero he ahí que me descarrío del sujeto principal de nuestra conversación. ¡Por las glorias del Infierno, y los suplicios del Paraíso! ¿qué es lo que decía?

— Decíais, capitán, que...

— ¡Ah! sí, ya me acuerdo. Pues bien, mañana en la tarde, sir Japhet será un hombre arruinado, y en su ruina basa Day-Lily la esperanza de comprar su complicidad para poder robar el diamante de la reina. Y Day-Lily no tendrá que esperar mucho, porque mañana sir Japhet estará de guardia en la vitrina. Como yo soy el que ha puesto en la cabeza de Sun-Ray este negocio, y le he prometido el concurso de algunos muchachos amigos míos, ella me ha dicho de aprestarme. Yo he traído esta noche á mis amigos en cuestión, y tenemos que hablar con ella dentro de poco para tomar las últimas disposiciones. Y si Satán no se pone en contra nuestra, mañana en la noche podréis echar mano á toda la banda. He ahí todo lo que tenía que deciros.

La cara de Uckrill, impasible siempre, traicionaba su emoción.

— Si se me permite decir una palabra, intervino Marasquín, creo poder afirmar que el honorable capitán no se equivoca.

— ¿Sabéis, pues, alguna cosa?, interrogó Uckrill.

— He aquí lo que sé, respondió Marasquín. Cuando volvía de llevar á miss Mary con mi prima Dupoteau, según vuestras órdenes, he visto á ese Day-Lily, ó miss Sun-Ray como queráis llamarle, paseándose en el jardín y charlando con un personaje de quien aún no os he oído hablar... Yo no soy policía, ni por naturaleza ni por oficio, pero he creído que, por una vez, no cometería acto reprochable tratándome de escuchar la conversación del desconocido con esa canalla; así es que me deslicé en un bosquecillo que parecía puesto á propósito para servirme de escondite. Al principio creí que me habían descubierto porque los ví separarse vivamente; pero bien pronto comprendí el motivo: una mujer acababa de aparecer en la alameda, marchando rápidamente, y volteando á todas partes como si temiese ser vista, se dirigía hacia el hombre que Sun-Ray acababa de dejar. Vi que ésta no se había retirado completamente, sino que sólo se había alejado un poco, sin duda para volver cuando su compañero concluyese con su nueva interlocutora.

— ¿Y quién era la recién llegada?

— No os podré decir su nombre porque no se pronunció; pero lo que puedo deciros es que era una duquesa, porque el hombre le daba este título.

— ¡Una duquesa! Diablo, susurró Pip, ahora vamos á tener negocios con la alta.

— Una duquesa de todo á todo, os lo afirmo, siguió Marasquín. Una gran dama, maravillosamente joven y bella; el título no es de broma, porque tenía aspecto fiero y altivo. En cuanto al hombre, ¡ah amigos míos!

— ¿Qué pues?

— Era un viejo de gran estatura, con el talle derecho á pesar de su edad, porque tenía cabellos blancos como la nieve; pero el rostro... jamás he visto otra cara más odiosa, más deforme, más llena de cicatrices y de arrugas. Y por eso os digo que me parece haber soñado: la mujer, la duquesa, la gran dama de rostro joven y porte de reina estaba como en éxtasis delante de este viejo horrible, y le besaba las manos, y le hacía declaraciones de amor.

— ¡Por Belcebú! exclamó Dady O'Crab, esto es singular.

— Le llamaba su Mario bien amado, su bello, su grande, su querido Mario, su amo! Y el colmo es que él apenas si le respondía, y tenía aire de indiferencia y desdén.

— ¿Esto es todo? preguntó Uckrill. Esto no tiene nada que hacer con nuestros cuidados de hoy en la noche.

— Perdonad, dijo Marasquín. Estaban un poco lejos, y no pude oír bien lo que decían... Pero he comprendido una cosa que confirma lo que decía el capitán Dady O'Crab. He comprendido que la duquesa es una dama de la reina, y por amor á ese viejo que la desdeña

traiciona á su soberana. Porque le anunció como forzada por su mirar, temblorosa y alhelante, que sir Japhet estaría de guardia mañana. Al saber esto el viejo no preguntó más y la despidió sin darle las gracias siquiera.

— Es extraño, dijo Uckrill.

— No es todo, añadió Marasquín. Apenas había partido la duquesa, cuando apareció otra gran dama á tomar su lugar. Esta no le llevaba informes, sino una cartera llena de billetes. Cogió los billetes y envió á la mujer como había despedido á la otra. Es un hombre que parece tener un poder extraño sobre las mujeres.

— ¡Que Satanás se lleve al reverendo Barlow! exclamó Dady O'Crab. Lo que me decís no me asombra sino á medias, porque las mujeres, esos dulces corderos, son criaturas singulares. He conocido, ya hace tiempo de esto, á un hombre que poseía un poder parecido al de ese Mario. Pero éste no era un viejo; era por el contrario un joven marqués, un elegante, un señor brillante, guapo, rico y poderoso que organizó en una sola familia, decidida á obedecerle á una señal de ojos, los cien mil ladrones que Londres encerraba en aquella época. Se llamaba Rio-Santo.

— ¡Rio! ¡Mario! interrumpió Marasquín si fuese el mismo.

Dady O'Crab alzó las espaldas.

— ¡Rio-Santo! siguió. ¡Ah! cuando pienso en aquel tiempo, me corren estremecimientos de entusiasmo y me siento rejuvenecer.

« Mi llorado primo, el capitán Paddy O'Chrane, cuya

memoria aún es respetada entre algunas buenas piezas de aquel entonces, le era fiel como un perro, y me hablaba de él á menudo. cuando yo hacia mis primeras armas.

« Río-Santo, un nombre que debe quedar para siempre grabado en el pecho de todo buen Irlandés, porque soñaba — y lo hubiera llevado á cabo si la fatalidad no hubiese sido más fuerte que su genio — con la independencia de Irlanda, y tornarla en ama de sus opresores. ¡Ah! ¡Piel de Anguila! ¡piel de Anguila! Pero os equivocáis Sr. Marasquín, si pensáis que vuestro famoso viejo y el personaje de que os hablo sean una misma persona, porque el célebre Río-Santo ha muerto hace tiempo. Traicionado por el destino y entregado á los tribunales, se le condenó, pero amigos devotos le proporcionaron la fuga. Murió en la evasión.

« ¡Ah! Piel de Anguila! ¡Este sí que era un hombre que tenía amores con duquesas! Todas las mujeres sin excepción sólo en él soñaban.

— No he terminado mi historia, siguió Marasquín, cuando el capitán hubo finalizado su larga y entusiasta tirada. Pero la continuación será corta, y creo de naturaleza para interesar al Sr. Andrew.

— Os escucho, dijo Uckrill.

— Cuando esta serie de amorosas y misteriosas visitantes tuvo fin, miss Sun-Ray se juntó al viejo, y podéis creerme, también ella está enamorada de él, porque le habla con las mismas muestras de ternura y de respeto, y con las mismas demostraciones de apasionamiento.

« Pero él, que decididamente sólo estaba para negocios serios, la rechazó, y las solas palabras que le dirigió, fueron para hacerle saber lo que la duquesa le había contado sobre sir Japhet. Por este hombre, pues, miss Sun-Ray ha sabido que el baronet de Over Peover estará de guardia mañana, y como tiene el aspecto de obedecerlo en todo, se puede deducir que ella ha combinado el robo del Lucifer por inspiración de él.

En ese momento el entreacto tocaba á su fin, y los músicos volvían al estrado.

— ¿Es necesario que vuelva á mis timbales? preguntó Dady.

— No, contestó Andrew, tengo necesidad de vos, y de vosotros también, continuó dirigiéndose á Pip y á Marasquín. Si el joven Dick estuviese con nosotros, no sería de más, porque después de lo que acabo de saber, creo que vamos á necesitar montar la guardia para proteger la salida de sir Franck, de Miriam y de miss Mary.. Day-Lily y sus acólitos tendrán mañana demasiados cuidados para poderse ocupar del residente y las dos jóvenes. Temo que esta noche intenten el golpe si se dan cuenta que están en el baile... Desgraciadamente esto es probable... Vámonos, no perdamos más tiempo aquí.

Y se lanzó hacia la sala del baile, seguido por sus asociados y por Marasquín, su aliado.

Al pasar frente á la orquesta, se apercibió con inquietud que Roberto y Jonathan ya no habían vuelto á sus lugares!